

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/342664748>

Laboratorios de innovación ciudadana: Emergencia, modelo, formatos

Preprint · July 2020

CITATION

1

READS

1,140

2 authors:



Juan Freire

Innovation Hub Europe Tecnológico de Monterrey

306 PUBLICATIONS 4,403 CITATIONS

SEE PROFILE



David Gómez Abad

Laboratorio Cultural Ciudadano de Nuevo León (LABNL)

15 PUBLICATIONS 17 CITATIONS

SEE PROFILE

Laboratorios de innovación ciudadana: Emergencia, modelo, formatos.

Juan Freire

Tecnológico de Monterrey

juan.freire@tec.mx

David Gómez Abad

Tecnológico de Monterrey

davidga@tec.mx

Julio 2020

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

CONTEXTO: Políticas públicas e Innovación ciudadana:

1. Mejoramiento de las políticas públicas tradicionales
2. Innovación social e innovación ciudadana
3. La emergencia de los laboratorios ciudadanos
4. Algunas referencias de laboratorios ciudadanos
5. Sobre las incertidumbres de los laboratorios ciudadanos

NATURALEZA DE LA PROPUESTA

1. Normas de apertura
2. Líneas de acción
3. Herramientas y programas
4. Naturaleza legal y gobernanza
5. Financiación: autonomía y sostenibilidad
6. Infraestructuras esenciales. Espacios

CONCLUSIÓN

REFERENCIAS

INTRODUCCIÓN

Hoy en día podemos observar cómo las instituciones públicas que hemos heredado se encuentran cada vez más alejadas de las necesidades reales de una ciudadanía que ha tomado mayor protagonismo. Y es que las instituciones públicas (tal y como las conocemos) están pensadas y preparadas para la gobernanza de un mundo que se esperaba seguro y firme; es decir, no fueron concebidas como espacios experimentales en donde se pueda permitir el ensayo de prácticas o políticas, validaciones inestables o resultados provisionales, de ello depende la vida de muchos ciudadanos y ciudadanas. Además, el sector público tiene otras barreras: una maquinaria burocrática tan necesaria como lenta, tiempos dependientes de procesos electorales, o una acción destinada a atender y favorecer a las mayorías en detrimento de las minorías.

Por supuesto que no todo son problemas, las instituciones públicas son por antonomasia la garantía del bienestar social y la igualdad de oportunidades, sobre todo para aquellas personas que menos tienen. Sin embargo, creemos que una nueva institucionalidad debería de poder emerger planteándose como se pueden generar nuevos canales de escucha con la ciudadanía y como desarrollar una acción política para afrontar los nuevos problemas complejos que demanda un contexto social en constante evolución. De tal forma que, nuestra propuesta trata de comprender ello es la creación de laboratorios ciudadanos, entendidos como dispositivos de escucha que permiten un acercamiento entre la ciudadanía y las instituciones públicas basadas en la producción colaborativa y la experimentación.

El presente capítulo se divide en dos partes; en la primera trataremos de hacer un diagnóstico e identificar aquellos cambios que nuestras sociedades experimentan desde la última década en la relación que la ciudadanía establece con sus instituciones públicas. En la segunda parte haremos una explicación de aquellos elementos más importantes del modelo y los distintos formatos estudiados basándonos en distintas experiencias que en el ámbito iberoamericano se han estado experimentando desde instituciones públicas como el Medialab-Prado en Madrid, Zaragoza Activa del Gobierno de Aragón, COLAB de la alcaldía de A Coruña, La Secretaria General Iberoamericana (SEGIB) o instituciones privadas como el Tecnológico de Monterrey.

Por último, es importante resaltar que aunque este trabajo presenta la aplicación de los laboratorios ciudadanos en el contexto de la acción de gobierno y de las políticas públicas, como una nueva forma de acercamiento entre las instituciones y la ciudadanía, se hace sin perjuicio de

que pudiera implementarse algo similar en otras instituciones del sector privado o común con el fin de crear y reforzar comunidades de aprendizaje inclusivas donde distintos perfiles, saberes, conocimientos y experiencias confluyan para trabajar juntos en proyectos que mejoren la vida en común.

CONTEXTO: POLÍTICAS PÚBLICAS E INNOVACIÓN CIUDADANA

1. Mejoramiento de las políticas públicas tradicionales

Todas las señales apuntan a que nos encontramos en el medio de un cambio en nuestras sociedades que nos convida a crear nuevas formas más efectivas de conectar las instituciones con la ciudadanía. Las disrupciones continuas provocadas por la tecnología digital; la creciente brecha entre políticos, gobernantes y gobernados; la emergencia de nuevas voces y activismos; los problemas emergentes que no se pueden clasificar en las categorías sectoriales a las que estamos acostumbrados... Todos estos son componentes de este gran cambio contienen elementos fundamentales dado que afectan a nuestra sostenibilidad como sociedad, pero también un halo de esperanza. Los ciudadanos ya no aguardan pasivamente el cambio y, a la vez que reclaman, han aceptado su papel protagonista y actúan para ser ellos mismos el propio cambio.

En este contexto incierto, abierto, complejo y paradójico existen dos preguntas esenciales cuya respuesta definirá la razón de ser de las instituciones públicas en los sistemas democráticos:

- ¿cómo se puede escuchar de modo efectivo las innumerables voces de personas y colectivos diversos que reclaman su derecho a participar activamente en la vida pública?
- ¿cómo se desarrollan políticas públicas para afrontar los nuevos, y viejos, retos que no admiten soluciones simples ni solamente técnicas?

Los instrumentos tradicionales utilizados por las instituciones públicas no parecen suficientes o en todo caso pueden mejorar para hacer frente a esos retos, e incluso en ocasiones pueden ser considerados parte de la causa de los problemas a que nos enfrentamos:

A. La planificación

La planificación tuvo su razón de ser en un mundo estable en que un grupo de expertos dotados

de conocimiento técnico y de la información necesaria eran capaces de realizar predicciones y diseñar acciones para moldear el futuro de acuerdo con ciertos objetivos. En un mundo incierto el valor de la predicción se reduce drásticamente conforme sus resultados se hacen menos fiables. Si planificar ya no es el camino, la alternativa es la experimentación continua. Donde no llegan los planes precisamos modelos que planteen hipótesis sobre la realidad y permitan ser sometidos a prueba mediante experimentos. Las prácticas habituales de la ciencia, el diseño de productos o el desarrollo de software se han convertido en el marco general de intervención. Experimentar es aprender y solo un aprendizaje institucional continuo puede permitir hoy en día encontrar soluciones reales a los problemas.

B. Los expertos

Los expertos, que configuran la tecnocracia al servicio de las instituciones públicas, se han especializado en la resolución de lo que podríamos denominar problemas agudos. Aquellos problemas bien definidos y que admiten una solución basada en la aplicación de un conocimiento técnico normalmente disciplinar. Sin embargo, en las últimas décadas estamos tomando conciencia de que la mayor parte de problemas que nos afectan como sociedad son problemas crónicos y complejos; problemas que tenemos dificultad incluso para definir y que no admiten una solución disciplinar. Se ha acuñado el término *wicked problem* (problema retorcido) para identificar estos problemas difíciles o imposibles de resolver dado que no se pueden formular por completo y a la vez cualquier solución es siempre parcial dado que las condiciones son cambiantes y/o la misma solución implica también impactos negativos. Los problemas complejos o “retorcidos” son en este sentido crónicos, precisamente por no contar con una única solución o más bien porque cualquier solución resuelve ciertos aspectos, pero genera otros impactos negativos.

Por otra parte, este tipo de problemas plantean retos metodológicos dado que, al no estar definidos por completo, solo se pueden comprender mediante la inmersión y por tanto solo cuando nos afectan porque somos parte activa del propio proceso. Los expertos y planificadores abordan los problemas bien definidos mediante diagnósticos basados en conocimiento “profesional”. Los problemas complejos y crónicos requieren de escucha. Comprender las diferentes perspectivas y ángulos de un contexto requiere de diversidad en las voces participantes. Esta diversidad no se restringe solo al conocimiento profesional ni es suficiente la multi- o inter-disciplinariedad. Se necesitan las voces de los afectados o expertos en experiencia (Rabeharisoa & Callon, 2002), de la ciudadanía, que construyen (la percepción, la definición) del problema junto con las de los expertos y los responsables de su gestión.

Además, la comprensión del problema ya no puede ser un proceso únicamente de reflexión intelectual; no lo hacemos solo recopilando la información disponible que es sometida a análisis. Dado que el conocimiento tácito y las cuestiones subjetivas y emocionales son partes esenciales solo pueden ser aprehendidas desde la acción. Por tanto, la experimentación, el prototipado, ya no es solo una herramienta para encontrar soluciones efectivas, es a la vez un proceso de escucha activa.

C. Las mayorías

Las instituciones públicas han trabajado habitualmente para las mayorías, pero ¿cuáles son las mayorías hoy en día en un mundo en que las personas ya no pueden ser clasificadas en categorías sencillas? El reconocimiento de las múltiples minorías y de la enorme diversidad de nuestra sociedad es una obligación ineludible. Pero, además, la alteridad es una herramienta fundamental para un abordaje inclusivo y efectivo de los problemas. No se puede comprender lo que nos pasa como sociedad sin escuchar activamente la diversidad de voces afectadas y la diversidad de saberes relacionados. Por tanto, los problemas y puntos de vista de las minorías deben ser incorporados tanto por razones, esenciales, de justicia social como para lograr la mejora del propio proceso de diseño e implementación de políticas públicas (y podríamos decir que de cualquier tipo de “política”, también las estrategias empresariales o las de comunidades y organizaciones cívicas).

En este sentido la aportación del feminismo no se restringe solo a defender los derechos de las mujeres como un grupo social (en este caso además mayoritario) sino que la aplicación de sus valores genera una sociedad más justa e inclusiva para todos sus miembros. Del mismo modo, por poner solo otro ejemplo, el diseño urbano pensado para los colectivos con diversidad funcional produce ciudades más habitables de las que se benefician todos sus habitantes, más allá de su situación particular.

D. Lo público y lo privado

El contexto socio-económico y político en que hemos habitado en las últimas décadas se basa en asumir la existencia de dos únicos entornos complementarios de propiedad y gobierno de los recursos y de las personas: el público y el privado. Paradójicamente este marco mental que nos ha guiado ha olvidado el entorno común o pro-común, el de las formas de gobernanza y gestión que se desarrollan, o pueden desarrollarse, de forma autónoma y colectiva por la ciudadanía sin necesidad de intervención de lo público ni de privatización (Ostrom, 1990).

Desde la década de 1990 el desarrollo de Internet, debido en buena medida a recursos e infraestructuras comunes, ha revitalizado este modelo que poco a poco ha ido resurgiendo y expandiéndose a ámbitos no digitales. El pro-común no es una forma alternativa de gobernanza que se opone a lo público o a lo privado sino un sistema complementario que se desarrolla en diálogo, y fricción, continuos con los otros entornos.

Abandonar el marco simplista público-privado implica una devolución de capacidades de gestión y gobierno autónomos a la ciudadanía y de la reinención de las relaciones y reglas de juego para la convivencia fructífera de los tres entornos. Las políticas públicas, en este contexto, deben pasar de ser únicamente finalistas y atentas a la “resolución” efectiva de necesidades y problemas para convertirse en posibilitadoras a modo de infraestructuras que empoderen individual y colectivamente a los ciudadanos para que puedan decidir y actuar sobre sus propios problemas. Este cambio no está exento de riesgos importantes. Quizás el mayor es que sea utilizado por la política para justificar reducciones de inversiones y del propio papel de lo público trasladando responsabilidades a la ciudadanía sin ningún tipo de contrapartida. Bien al contrario, asumir el papel del pro-común y los nuevos roles de la ciudadanía implica un cambio en las funciones de las instituciones públicas que no necesariamente implican una reducción de su tamaño, pero sí una mayor agilidad, flexibilidad y eficacia.

Podríamos resumir que las políticas públicas tradicionales basadas en la planificación, los expertos, las mayorías y una estructura público-privada han mostrado su utilidad, pero también sus limitaciones que se han hecho aún más evidentes en el nuevo contexto social. Sin entrar a debatir si estas políticas tradicionales deben seguir existiendo y cuál debe ser su alcance, el nuevo marco hace necesario al menos que surjan nuevas políticas públicas, y nuevas formas de hacer políticas públicas, que pasan por un enfoque experimental que permita trabajar de forma horizontal a ciudadanos, expertos y técnicos abordando problemas complejos y reconociendo la diversidad social como una oportunidad para generar políticas más inclusivas y sostenibles, en resumen, para construir realmente una sociedad en común.

2. Innovación social e innovación ciudadana

La innovación social, como concepto, se ha popularizado tras algunos éxitos considerables de la tendencia empresarial hacia la innovación. En su fase inicial la innovación empresarial se concibió siempre como innovación tecnológica y como parte de un proceso lineal y ordenado, conocido con I+D+i, donde tras un proceso de investigación básica se da el desarrollo de una

solución técnica que finalmente se convierte en una innovación cuando se impacta a la sociedad al ser comercializada. La innovación social venía a reclamar la existencia de procesos de innovación que no tenían un objetivo, al menos principal, comercial y que buscaban sobre todo el impacto social (o sea la resolución de problemas que afectan a personas y colectivos).

Esta visión de la innovación social tuvo la virtud de reconocer formas de innovación que hasta ese momento eran invisibles dado que no generaban rentabilidad económica directa. Sin embargo, en la mayoría de los casos, siguió manteniendo un marco de actuación lineal y en el que son los expertos los que buscan soluciones para los afectados. Este enfoque ha recibido recientemente la denominación de solucionismo tecnológico referido en concreto a las prácticas propias de los entornos de élite tecnológica y empresarial, que desarrollan soluciones generales y genéricas que imaginan que pueden resolver problemas sociales globales de una forma sencilla y meramente tecnológica. El problema de esta situación y lo que no se puede perder de vista es esta exacerbación de la ingenuidad tecnológica, que entiende el mundo poblado de problemas agudos y sencillos que admiten soluciones técnicas, pero a su vez su propia acción va generando nuevos problemas derivados. Pero este “solucionismo” no es nuevo ni patrimonio del mundo de la tecnología, el mundo de la cooperación internacional, muchas veces ha estado asentado sobre el modelo “do-good” en que las soluciones “occidentales” se implementan en los países en desarrollo sin atención a la comprensión de lo local y la participación activa de las comunidades de afectados. Pero esta forma de actuación no solo sucede en la cooperación internacional, algo similar puede observarse a todas las escalas geopolíticas, incluso cuando analizamos la actitud de los “centros de innovación”, aquellos que se sitúan en el mundo desarrollado (como universidades, centros tecnológicos etc), respecto a los problemas de la sociedad de la que forman parte. Por supuesto, que no toda la innovación social se basa en estos supuestos y hay casos extraordinarios en los que la vida de las personas, la escucha de sus necesidades y el co-diseño de soluciones son aspectos principales.

En paralelo, las corporaciones han desarrollado su propio enfoque social, que han denominado Responsabilidad Social Corporativa. Este modelo tiene sus claroscuros donde hay casos de éxito en los que la acción de las grandes corporaciones tiene un impacto social significativo y otros que siguen los mismos criterios que la innovación social tradicional además de desconectar los objetivos de negocio con los sociales de la organización, lo cual ha sido el caldo de cultivo de algunas incoherencias y la forma de mantener un *status quo* más que trabajar por la transformación social.

Frente a este concepto de innovación social, se sitúa con fuerza creciente la innovación ciudadana o cívica. No se trata de un simple cambio de etiqueta sino de un enfoque diferente para la generación de innovación con impacto social.

Por una parte, mientras que mucha de la innovación social tradicional se sitúa en los márgenes de la innovación principal (empresarial o comercial), la innovación ciudadana reconoce que innovar es una parte de nuestra idiosincrasia humana y por tanto toda la ciudadanía puede y debe estar implicada. Y dentro de este marco de una sociedad innovadora una parte se realiza con un objetivo empresarial, pero la mayor parte de la innovación no se organiza por razones comerciales (ni por eso mismo es registrada en la mayor parte de métricas convencionales).

Por otra parte, la innovación ciudadana opera de otro modo y cuenta con dos ingredientes básicos:

- Frente al solucionismo basado en enfoques genéricas y en colocar a la tecnología y algoritmos en el centro de las cadenas de valor, la innovación ciudadana desarrolla enfoques locales o situados que diversifican la innovación al adaptarla a las condiciones locales y colocan a las personas en el centro de las cadenas de valor.
- Frente al enfoque basado, casi en exclusiva, en expertos disciplinares, la innovación ciudadana trabaja con enfoques inclusivos en que los afectados trabajan de forma activa con expertos de diversas disciplinas (lo que ha venido a llamarse el enfoque “indisciplinar”; ver siguiente sección) en la producción de soluciones. Por tanto, mientras la innovación convencional utiliza métodos de diagnóstico basados en expertos para la comprensión de los problemas que aborda, la innovación ciudadana desarrolla mecanismos de escucha basada en la inmersión y participación activa.

En síntesis, la innovación ciudadana entiende la innovación como un proceso colectivo que forma parte de la propia naturaleza humana y que se asienta sobre la capacidad de escucha y sobre lo indisciplinar y que actúa siempre de modo situado. Esta innovación es la que puede abordar los problemas crónicos de una forma orgánica. Por tanto, la innovación ciudadana no es algo susceptible de ser planificado ni forzado, pero si existen mecanismos que pueden impulsarla por medio de su visibilización, de la toma de conciencia de las personas y de la creación de infraestructuras a su servicio.

Es por esto que de la misma forma que a partir del siglo XIX los Estados decidieron paulatinamente asegurar el derecho al trabajo, a la sanidad o a la educación, creando dispositivos tales como los sindicatos, la patronal, los hospitales, las escuelas o las bibliotecas

nos encontramos en un momento en el cual, podemos comenzar a trabajar por promover el derecho ciudadano a la innovación, estableciendo dispositivos que permitan a la ciudadanía encontrar el espacio en el que juntarse y ser protagonistas de la solución de los problemas que enfrentamos como sociedad. Un ejercicio que no se centre solo en la extensión amplia de actores en la toma de decisión, sino también en el eventual cierre de un proceso participativo más amplio que implique la construcción de propuestas para mejorar la vida en común. Aquellas experiencias que son emprendidas por los propios participantes adquieren compromisos socialmente más robustos sustentados en ontologías sustantivas de intervención y elección deliberada (Stirling, 2008).

3. La emergencia de los laboratorios ciudadanos

Los laboratorios ciudadanos son la denominación que están recibiendo los entornos (una combinación de diferentes métodos, dispositivos e infraestructuras) puestos al servicio de la innovación ciudadana. Un laboratorio está diseñado para la escucha y la producción a través del prototipado (entendiendo además que los prototipos son a su vez dispositivos de escucha). Su enfoque es indisciplinar (lo amateur y las minorías son parte esencial), “no profesional”, y colaborativo basado en comunidades de práctica. Por tanto, podemos considerarlos como infraestructuras para que las comunidades de práctica puedan abordar retos de innovación y a la vez dispositivos que en su propia acción ayudan a visibilizar esas prácticas y por tanto a que los ciudadanos tomen conciencia de su papel, capacidad y responsabilidad en el abordaje de los problemas complejos que nos afectan.

Un laboratorio ciudadano utiliza diferentes dispositivos de escucha y prototipado y, en palabras de Antonio Lafuente¹ analizando la experiencia de Medialab Prado, cuenta con 3 herramientas principales:

- la convocatoria pública y los talleres de producción
- los paneles “tripartitos” donde cooperan técnicos (gestores), activistas y “científicos” (expertos)
- la mediación; un mecanismo amplio que opera de muchas formas, entre otras ayudando a incubar comunidades de práctica que nacen de forma orgánica o impulsadas por alguno de los otros dispositivos

Sin embargo, aunque el término es relativamente nuevo refleja prácticas y modelos

¹<https://www.youtube.com/watch?v=LMiiVWOCKms>

institucionales que se han desarrollado en diversos contextos y que reciben nombres muy diversos. Una parte de los laboratorios ciudadanos nacen en el ámbito de la cultura digital y de las prácticas de las comunidades hacker. En este contexto nos encontramos *hackerspaces*, *hacklabs*, *makerspaces*, *fablabs*, *medialabs* ... entornos donde comunidades de práctica experimentan con las tecnologías digitales con reglas de juego que favorecen lo abierto y colectivo. Estas comunidades van progresivamente pasando de tener un foco eminentemente tecnológico (el artefacto técnico como objetivo en sí mismo) a poner el foco en problemas “sociales” que requieren para su solución un desarrollo tecnológico (la tecnología como un medio y no como un fin en sí mismo).

Desde una perspectiva de políticas públicas, los laboratorios ciudadanos permiten abordar problemas con enfoques que no son posibles dentro de los marcos de actuación convencionales. Su carácter abierto, exploratorio y experimental los convierte en formas de 1) identificar problemáticas y procesos ciudadanos emergentes, y 2) producir nuevos marcos de actuación y herramientas para el abordaje y la solución de los problemas sociales. Pero esta doble función solo puede cumplirse si se preservan las características esenciales que describimos anteriormente; para ello el laboratorio debe ser protegido de presiones finalistas que amenacen la creatividad de los colectivos involucrados en la producción. En otras palabras, un laboratorio debe ser entendido como un contexto de aprendizaje y este debe ser el objetivo principal de sus actividades. La acción de prototipar tiene el propósito de colocar a los participantes ante la tesitura de obligarse a entender bien los problemas y, por tanto, debe favorecer los equipos heterogéneos capaces de conectar con los afectados y las soluciones de bajo coste que antepongan el beneficio de la comunidad sobre cualquier otra circunstancia. Un laboratorio ciudadano o de prototipado entonces es un espacio para la crítica donde los participantes son impelidos a explorar las consecuencias potenciales de lo que producen y donde necesariamente se dedica mucho tiempo a desplegar habilidades de escucha.

Es evidente que, aunque los prototipos generados en laboratorios ciudadanos nacen en un contexto estricto de aprendizaje, pueden tener un destino que vaya más allá. Es más, es deseable que muchos de esos prototipos acaben por generar impacto, más allá de la pequeña escala experimental. Para estos casos, existen diversos entornos, instituciones o proyectos, diferentes a los laboratorios ciudadanos, que pueden ser de ayuda. Desde organizaciones cívicas dedicadas a influir sobre las políticas públicas, a comunidades ciudadanas que pueden hacer suyo el prototipo e implementarlo o incluso incubadoras o aceleradoras que pueden ayudar a aquellos equipos que deseen desarrollar su prototipo con un modelo empresarial. Lo importante es entender que prototipado y generación de impacto son dos procesos que

adquieren toda su potencia cuando se separan y secuencian en el tiempo de modo que en una primera fase las personas estén centradas en la comprensión y creación experimental y en una segunda se enfocan exclusivamente en la generación de impacto.

4. Algunas referencias de laboratorios ciudadanos

No es el objetivo de este texto hacer una recopilación exhaustiva de “laboratorios ciudadanos” existentes y de sus trayectorias, pero sí definir algunos ejemplos que nos permitan comprender la diversidad de trayectorias y formatos. Vaya por delante, como se discutirá después, que el modelo de laboratorio ciudadano es incipiente y por tanto muestra un gran potencial, pero a la vez cuenta con un gran margen de evolución hasta cumplir su promesa de convertirse en instrumentos al servicio de la innovación ciudadana y las políticas públicas. Los casos que proponemos aquí han sido elegidos por su cercanía cultural y política (entorno ibérico y latinoamericano), por nacer a iniciativa de instituciones públicas y por su papel en el desarrollo de políticas públicas y/o su rol educativo. Por supuesto existen muchos otros casos y en particular infinidad de iniciativas ciudadanas nacidas sin intervención pública que han sido muy exitosas en sus modos de gobernanza y en la generación de innovación.

Medialab Prado (MLP)², un laboratorio dependiente del Ayuntamiento de Madrid, es quizás el ejemplo de laboratorio que ha contado con mayor desarrollo tanto por su duración (más de 10 años en este momento) como por la profunda evolución de su modelo que además ha sido esencial en la propia definición de lo que se considera hoy en día un laboratorio ciudadano. MLP es además un buen ejemplo de la evolución de centros culturales que han pasado de un foco tradicional en la producción por “profesionales” y la exhibición y consumo de conocimiento a la participación ciudadana y la producción de conocimiento. En el caso de MLP nace como un centro de “arte digital” y una vocación bastante tradicional (exhibición de obras digitales y producción por parte de artistas y agentes culturales) pero debido a diversas circunstancias sufre dos evoluciones paralelas. Por una parte, la tecnología pasa paulatinamente de ser el centro del proceso a convertirse en un instrumento (muy relevante) al servicio de procesos de innovación. Por otra parte, transita de la exhibición y producción “experta” a la producción “amateur” implicando progresivamente a la ciudadanía. Hoy en día MLP se define a sí mismo como un laboratorio ciudadano y como una incubadora de comunidades.

²<http://medialab-prado.es/>

La Iniciativa de Innovación Ciudadana³ de la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB) ha desarrollado desde 2014 una serie de talleres de producción (que denominan laboratorios) de ámbito internacional siguiendo el enfoque de los talleres intensivos de MLP y han desarrollado un foco en el uso de la innovación ciudadana como herramienta de creación de políticas públicas. Esta iniciativa ha sido enormemente influyente y de un modo u otro instrumental en la creación incipiente de laboratorios estables de innovación ciudadana por iniciativa de instituciones públicas en Latinoamérica, como SANTALAB en Santa Fe (Argentina), MVDLAB en Montevideo (Uruguay) o LabNL en Nuevo León (México). Al mismo tiempo una institución intergubernamental como SEGIB se encuentra necesariamente muy alejada de lo local y de lo ciudadano por lo que su modelo hasta el momento ha sido de eventos internacionales anuales con fuerte repercusión mediática, pero sin una estructura permanente y estable de trabajo con las comunidades.

En Zaragoza (España), impulsados desde la iniciativa municipal Zaragoza Activa⁴ se organizan diversos proyectos y espacios (La Colaboradora, Azucarera, Red ZAC ...) que combinan innovación social y emprendimiento. Su desarrollo ha estado influenciado por las relaciones con iniciativas como las de SEGIB o el propio MLP y por tanto es un experimento interesante acerca de cómo conectar lo ciudadano con el emprendimiento y la empresa.

En Barcelona existen en estos momentos numerosas iniciativas públicas, ciudadanas y privadas organizadas como espacios de producción colectiva. Es especialmente relevante la red de Ateneus de Fabricació⁵ del Ayuntamiento de Barcelona a partir de una tecnología emergente (en este caso la de fabricación digital) configura una red de centros distribuidos por la ciudad que pretenden fomentar la participación ciudadana con un doble objetivo, educativo y de innovación social. Este proyecto muestra una iniciativa local que conecta con el fuerte desarrollo que ha experimentado en los últimos años la red internacional de *FabLabs* y *Makerspaces*⁶, un conjunto de comunidades enfocadas a la fabricación digital con un foco eminentemente tecnológico pero un fuerte componente social en sus formas organizativas y de gobierno y en su apoyo a lo colaborativo y el conocimiento abierto.

Por último, cabe resaltar el proyecto slowU⁷ un laboratorio ciudadano de reciente creación desarrollado por el Tecnológico de Monterrey. slowU es un experimento para comprender la utilidad pedagógica de los laboratorios ciudadanos y al mismo tiempo una iniciativa para

³<http://www.ciudadania20.org/>

⁴<http://www.zaragoza.es/ciudad/sectores/activa/>

⁵<http://ateneusdefabricacio.barcelona.cat/>

⁶<https://www.fablabs.io/>

⁷<http://sitios.itesm.mx/ehe/slowu/index.html>

reconectar a la universidad con su entorno social más cercano explorando nuevas formas de relación.

5. Sobre las incertidumbres de los laboratorios ciudadanos

La popularización del término laboratorio en general y de laboratorio ciudadano en particular refleja el interés creciente en sus aportaciones, pero a la vez puede producir un uso excesivo que se manifiesta por ejemplo en el gran número de proyectos que se autodenominan laboratorios a pesar de que muchos de ellos no están orientados a procesos de producción y prototipado. Esta burbuja en el uso de la denominación “laboratorio” devalúa el propio concepto y dificulta la comunicación de sus objetivos.

En este sentido existe una cierta confusión terminológica al usarse en muchas ocasiones el término “laboratorio” tanto para la identificación de espacios e instituciones como para definir los procesos colectivos de producción. Así por ejemplo MLP utilizaba el término “taller de producción” para identificar sus formatos intensivos (normalmente de 2 semanas) como Inclusiva.net, Visualizar y otros.

Sin embargo, estos talleres de producción se han ido popularizando y se han extendido a otras instituciones (es el formato que por ejemplo utiliza SEGIB) y su denominación ha ido evolucionando hacia “laboratorios de innovación ciudadana”, “laboratorios ciudadanos” o simplemente “laboratorios”.

Una parte relevante de los laboratorios ciudadanos han nacido desde iniciativas culturales y/o los agentes culturales han sido claves en su desarrollo. Este hecho refleja la mejor tradición de la cultura entendida no como un sector o una industria sino como una forma de entender de manera crítica el mundo y que por tanto una manera de anticipar cambios y generar contextos donde cooperan agentes diversos. Sin embargo, la asimilación de los laboratorios ciudadanos con lo cultural puede llevarlos a mantener un enfoque y lenguaje disciplinares y enfocado a los problemas más relevantes para el mundo de la cultura. Por esa razón, en muchos casos es un enorme reto atraer a los laboratorios a personas del mundo de la ciencia o la ingeniería, por poner algunos ejemplos, o a los ciudadanos que no tienen un interés temático específico y de este modo generar el contexto “indisciplinar” necesario. El excesivo protagonismo o la patrimonialización de un laboratorio por un grupo gremial es un serio riesgo que debe ser gestionado.

Por último, es pertinente recordar la juventud del formato de laboratorio ciudadano y aún más de su función para el desarrollo de políticas públicas. Existe un largo recorrido y una evolución que debe suceder en los próximos años para que esta promesa de su utilidad se convierta en una realidad que ha impactado a gran escala. Para ello es necesario trabajar intensamente en la mejora continua de los elementos que configuran un laboratorio (sus programas y herramientas, financiación, infraestructuras ...) y a la vez desarrollar mecanismos que faciliten las posibilidades de participación ciudadana. Esto último es un reto que excede a las capacidades del propio laboratorio pero que conviene ser recordado para comprender que la creación de laboratorios ciudadanos será efectiva siempre que sea coherente con la estrategia de las instituciones en las que nacen.

La diversidad de participantes es esencial para garantizar que los laboratorios cumplan sus objetivos. Permitir una participación universal pasa por dos elementos: la toma de conciencia y la posibilidad de hacerlo. En primer lugar, los ciudadanos deben entender que es un laboratorio y de este modo podrán tomar conciencia de la oportunidad y responsabilidad que supone su participación. Lograrlo precisa de una estrategia de comunicación adecuada. En segundo lugar, los ciudadanos deben contar con tiempo suficiente para tener la posibilidad de dedicárselo a procesos de innovación ciudadana y el laboratorio debe adaptarse a la diversidad de ritmos e intensidad de aportaciones de los ciudadanos participantes. Siguiendo los modelos de muchas comunidades digitales, la hospitalidad⁸ se ha definido como la tecnología clave para acoger, reconocer y utilizar de modo efectivo aportaciones diversas (Lafuente, 2013). Hospitalidad implica un laboratorio inclusivo dado que acoge a todo aquel interesado en aportar y aprender independientemente de sus habilidades, adscripción profesional e intensidad de dedicación.

Complementariamente, en la sociedad actual garantizar la posibilidad de participación requiere del desarrollo de mecanismos de seguridad económica que sean independientes de los salarios por trabajar. La renta básica es uno de esos mecanismos; hasta hace poco tiempo podía parecer una utopía, sin embargo, hoy en día es materia de debate intenso y proyectos experimentales en diferentes países. Por tanto, podemos imaginar un futuro en que un sistema similar a la renta básica garantice que todos los ciudadanos puedan disponer de un cierto tiempo que puedan dedicar, libremente, a participar en procesos de innovación cívica. Del mismo modo que hoy en día en las democracias todos los ciudadanos tienen la capacidad para decidir, libremente, votar. Esta hipótesis de futuro plantea un aumento de la exigencia para con los ciudadanos en la acción política pero también un incremento radical en su capacidad de influencia y de

⁸https://www.academia.edu/5324108/Taller_de_prototipado_la_hospitalidad_como_cultura_y_como_tecnolog%C3%ADa

aportación.

NATURALEZA DE UN LABORATORIO CIUDADANO

El contexto analizado en las secciones previas es directamente aplicable a cualquier proyecto de laboratorio de innovación ciudadana que quiera impulsarse desde una institución, ya sea de gestión pública, privada o procomunal. Trataremos aquí, con base en estas ideas, de definir los elementos para una estrategia efectiva de desarrollo del proyecto. Por supuesto, además de las cuestiones anteriores, cualquier proyecto de laboratorio ciudadano necesita ser contextualizado en su territorio geográfico, social y político. Este ejercicio puede nutrirse de los acercamientos previos que la institución promotora del proyecto ya haya establecido. Sin embargo, aquí se propone organizar el diseño específico del laboratorio ciudadano entorno a los siguientes aspectos:

1. Normas de apertura
2. Líneas de acción
3. Herramientas y programas
4. Naturaleza legal y gobernanza
5. Financiación: autonomía y sostenibilidad
6. Infraestructuras esenciales
7. Mediación

Para el diseño específico de los aspectos citados se recomienda crear un órgano interdisciplinario que incluya también a ciudadanos/as del territorio. Esto permitirá dotar al proyecto de mayor legitimidad entre los miembros de la comunidad. Se presenta aquí solo una síntesis de los elementos esenciales que deben considerarse en la estrategia para implementar un laboratorio ciudadano.

1. Normas de apertura

El laboratorio ciudadano debe caracterizarse por su *porqué* (generar innovación ciudadana, crear comunidades de aprendizaje, etc...) pero sobre todo por sus *cómos*. En este sentido las reglas de juego en que se basa el funcionamiento de otros laboratorios y entornos de innovación comunitaria permitirían explicar su propia dinámica. A partir de este análisis se

han definido 4 normas de apertura que deberían ser parte esencial de todos los procesos de trabajo que se desarrollen en el laboratorio (y que se justifican en la sección previa dedicada al contexto). Estas normas son:

- In-disciplinaridad: la transversalidad de los saberes
- Conocimiento abierto: libertad de acceso y reutilización
- Producción: prototipado rápido
- Comunidades de aprendizaje: la transformación basada en compartir

La aplicación de estas normas es lo que hace posible que, independientemente de los ámbitos temáticos, el laboratorio se configure como un espacio donde es posible incubar comunidades e ideas. Por tanto, el laboratorio es un dispositivo de escucha para cualquier institución que lo promueva y la sociedad, y un entorno donde sea posible enfrentar retos y aplicar enfoques que no pueden ser abordados en otros espacios institucionales (más disciplinares, rígidos y ocupados por lo urgente y mayoritario).

Sin embargo, las normas anteriores definen eminentemente el “trabajo productivo” a desarrollar en el laboratorio y deben ser complementadas por otros elementos que afecten a los cuidados y trabajos reproductivos, una parte esencial de la vida de cualquier colectivo que habitualmente resultan invisibles y no son reconocidos.

Consideramos esencial en este caso desarrollar mecanismos para que cuidados y trabajos reproductivos se visibilicen y reconozcan en pie de igualdad con los trabajos productivos y por tanto el propio laboratorio y sus comunidades sean dispositivos que cuiden de las personas de forma integral de modo que el concepto de hospitalidad se haga operativo.

2. Líneas de acción

Un laboratorio ciudadano apuesta por ser una infraestructura al servicio de la ciudadanía y a la vez su promotor, lo puede considerar como una herramienta para la innovación en políticas públicas. Por tanto, el diseño de sus ámbitos de trabajo debe ser pragmático compatibilizando los intereses de los participantes (y de las comunidades que ya operan en el territorio) con el trabajo sobre las problemáticas más relevantes a que se enfrenta la institución promotora y la comunidad a la que sirve (y por tanto la sociedad en su conjunto). En este sentido el laboratorio no debe pretender ser exhaustivo (no puede pretender abordar todos los temas que preocupan a la ciudadanía) ni está pensado para abordar problemas urgentes y agudos (el laboratorio no nace para asumir responsabilidades que le corresponden a la administración pública).

Por otra parte, el laboratorio se vincula a la cultura abierta y las prácticas propias de la cultura digital, pero a la vez no tiene un foco tecnológico. Se concibe la tecnología como una infraestructura, esencial, pero no como un fin en sí misma. Del mismo modo muchos laboratorios ciudadanos, como se comentó antes, han nacido vinculados al mundo de la cultura, y es esperable que las personas y colectivos de este mundo, por su propia capacidad de acción y de generación de proyectos y discursos, jueguen un papel importante. En ambos casos, tecnología y cultura, su participación es esencial, pero a la vez debe evitarse que acaben por simplificar el laboratorio a un entorno eminentemente disciplinar. Al contrario, el laboratorio puede ser una excelente plataforma para que cultura y tecnología se abran e impacten en la sociedad en su conjunto.

Teniendo en cuenta todo lo anterior se propone que, para el desarrollo de cualquier laboratorio, éste contemple desde su inicio la idea de un co-diseño implicando a la comunidad más cercana. De tal manera que funcione aplicando las normas de apertura y trabajando sobre una serie de líneas de acción, que se conciben como grandes áreas temáticas que definen los principales retos que tiene planteados la sociedad y el territorio donde se asienta. Se sugiere que las grandes líneas se discutan y validen con un grupo de personas interesadas en ese ámbito (combinando a personas con experiencia profesional en esas temáticas y ciudadanos “afectados” por las mismas) para definir un marco conceptual y diseñar una serie de acciones y proyectos (en algunos casos incluso con una hoja de ruta) susceptibles de ser implementados dentro del laboratorio.

3. Herramientas y programas

Un laboratorio ciudadano cuenta con diversos formatos de trabajo que reciben diferentes nombres (metodologías, herramientas, programas, proyectos). Podemos considerar estos formatos, que a su vez son flexibles, como una caja de herramientas que permite configurar una “programación” adaptada a las necesidades específicas de cada caso.

Anteriormente, y en base a la experiencia de MediaLab-Prado, se identificaban 3 formatos principales que utilizaremos aquí como punto de partida para la definición de una caja de herramientas adaptada a los objetivos específicos que se definan. Estas herramientas esenciales pueden adaptarse y combinarse entre sí para dar lugar a programas de trabajo dentro del laboratorio. Estos programas pueden abordar una o varias líneas de acción o ser abiertos temáticamente.

1. Desarrollo orgánico de comunidades

Más que una herramienta este debería ser un objetivo clave de un laboratorio ciudadano, pero a la vez es conveniente incorporarlo a la caja de herramientas para que sea considerado parte de los trabajos a desarrollar y se diseñen estrategias para que el laboratorio pueda promover el desarrollo de comunidades de práctica en el territorio donde actúa. El papel de la mediación y de las infraestructuras será esencial en este proceso.

Una comunidad debe contar, para serlo realmente, con autonomía para definir sus objetivos, métodos de trabajo, modos de gobierno ... y por lo tanto la actividad de esas comunidades pueden no coincidir con las líneas de acción de un laboratorio ni sus métodos tienen por qué ser los mismos. En este sentido el laboratorio funciona como un entorno posibilitador que presta apoyo y ciertos recursos para que la comunidad desarrolle su actividad. Un punto de fricción que siempre se debe abordar es la definición de las reglas de juego mínimas que se pueden exigir para que esa comunidad pueda formar parte de ese entorno (por ejemplo, la necesidad de compartir su conocimiento de modo abierto).

2. Mediación

Un mecanismo amplio que opera de muchas formas, entre otras ayudando a incubar comunidades de práctica que nacen de forma orgánica o impulsadas por alguno de los otros dispositivos. Existen algunos ejemplos relevantes de programas de mediación como los que desarrolla MLP⁹ o el programa de Mediación - Innovación - Emprendimiento¹⁰ de Zaragoza Activa. En el caso de MLP la mediación se concibe como un proceso de investigación-acción donde el mediador trabaja sobre un problema específico (que propone en una convocatoria pública) y como parte de su proceso de trabajo cultiva una comunidad de práctica. En el caso de Zaragoza, la inspiración procede del modelo de MLP, pero incorporando componentes de emprendimiento.

⁹<http://mediacion.medialab-prado.es/>

¹⁰ <http://blogzac.es/category/desde-la-azucarera/mie-mediacion-innovacion-emprendimiento/>

La función de mediación es principalmente la de crear las condiciones de cuidados necesarias para que la vida en el laboratorio se desarrolle de la mejor manera posible. En realidad, engloba roles diversos que van desde la acción pedagógica para hacer comprensibles los prototipos y proyectos al público en general, a coordinar y gestionar los trabajos que tienen que ver con los cuidados y lo reproductivo, o liderar procesos de investigación y producción. Por otra parte, el mediador juega un papel como figura autónoma, pero a la vez es parte de otras herramientas como los talleres de producción donde cumple funciones específicas.

Más allá de la figura específica de mediador, es importante que tanto el equipo de un laboratorio como las personas que participan en sus programas tomen conciencia de que la función de mediación debe ser parte esencial de los trabajos que todos realizan en el día a día. Y esto es especialmente así en el caso de los cuidados y trabajos reproductivos y en general en la generación de un entorno de hospitalidad.

3. Paneles “tripartitos”

Un espacio donde cooperan técnicos (gestores), activistas y “científicos” (expertos). Este no es un mecanismo muy común en los laboratorios y además puede confundirse con mesas de trabajo convencionales dedicadas a la discusión de temas concretos, pero a su vez puede ser un formato de utilidad en ciertas situaciones. En particular es relevante si se quiere abordar la conexión de la actividad de un laboratorio con el desarrollo de políticas públicas para lo que se necesita un espacio de encuentro entre los diferentes agentes y un canal para que los técnicos puedan participar activamente como un colectivo más en los proyectos y programas.

Identificamos esta herramienta como “paneles” porque es un término suficientemente amplio para dar cabida a procesos diversos como mesas puntuales de debate, equipos que desarrollan una investigación y reflexión sobre un tema, o equipos que prototipan soluciones a ciertos problemas.

4. Talleres de producción¹¹ y convocatorias públicas de proyectos.

Es el formato que habitualmente genera mayor visibilidad y tiene la capacidad de desarrollar prototipos en periodos cortos de tiempo. Un taller de este tipo cuenta con dos fases: la de

¹¹Como se indicaba anteriormente, en ocasiones los talleres de producción reciben la denominación de laboratorios. Preferimos aquí conservar el término taller de producción (también podrían denominarse talleres de prototipado) para evitar la confusión entre laboratorio como entorno y laboratorio como proceso.

convocatoria (incluyendo la selección de proyectos y colaboradores) y la propia de taller intensiva donde se generan los prototipos. A partir de una temática se lanza una convocatoria pública de ideas de proyectos; una vez seleccionados (habitualmente unos 10 por convocatoria) se lanza una convocatoria de colaboradores (normalmente cada proyecto cuenta con un equipo de unas 10 personas incluyendo el promotor de la idea). Las bases de la convocatoria deben ser coherentes con las normas de apertura. La fase de producción intensiva cuenta con una duración variable que oscila entre dos o tres semanas a sesiones presenciales de 2-3 días separadas entre sí por un periodo de 2 semanas de trabajo autónomo de los equipos. La fase de taller requiere de un equipo que cumple las siguientes tareas esenciales: mentorización, mediación y producción técnica (en particular de código, plataformas digitales y productos audiovisuales).

Siendo este formato muy interesante, es a la vez muy exigente en cuanto a la dedicación de las personas y a los recursos necesarios (en especial si tiene carácter internacional y la organización asume los costes de viajes o alojamiento de todos o parte de los participantes). En el contexto de slowU en el Tecnológico de Monterrey, Antonio Lafuente, Juan Freire y David Gómez han realizado un análisis (próxima publicación) sobre la viabilidad e interés de diferentes formatos de talleres de producción que sintetizamos a continuación.

El Laboratorio de prototipado más habitual Medialab-Prado se ha venido haciendo con un formato muy exigente. Reclama de los participantes que dediquen normalmente dos semanas a tiempo completo a la tarea de producción. Por otra parte, también tiene unos costes que no todas las instituciones pueden permitirse. Por tanto, es pertinente explorar la posibilidad de desarrollar laboratorios de bajo coste, como experiencias que permitan desarrollar tareas de producción enfocándonos hacia objetos muy bien perfilados, problemas de naturaleza urgente y con actores muy concienciados. Se propone aquí un espectro de formatos realistas que pueden reducir costes por tres vías principales: atraer menos participación internacional o nacional (con necesidades de viajes y alojamiento), definir mejor los objetivos y multiplicar los trabajos de mediación.

Reducir la participación de personas no locales permitirá aliviar los gastos sin menoscabo de la diversidad de actores y culturas que deberían integrar cada equipo de prototipado. Definir mejor el foco de atención debería facilitar el arranque del trabajo colaborativo, reduciendo las fases iniciales de mucha discusión.

Igualmente, se favorece el trabajo colaborativo si, tras la selección de los colaboradores para cada proyecto, se activa algún protocolo que favorezca el intercambio de documentación, pareceres o experiencias de abordaje entre los participantes. La ecuación que estamos

argumentando es fácil de enunciar: cuanto menos tiempo más mediación.

Los formatos que proponemos son tres, junto al ya clásico laboratorio de 15 días: un laboratorio de una semana que dura 7 días, otro de quince días pero que sólo reclama presencia de los equipos el primer y tercer fin de semana; y finalmente un formato de urgencia que dura un día y medio.

4. Naturaleza legal y gobernanza

Un laboratorio ciudadano puede precisar de una estructura legal y de gestión que permita su flexibilidad. No es un proyecto cerrado ni plenamente definido ni debería serlo. Su potencialidad radica en su capacidad de escuchar a la ciudadanía y prototiparse a sí mismo. Esta necesidad representa un reto formidable para la institución pública, acostumbrada, y muchas veces obligada, a otras lógicas de funcionamiento basadas en la planificación hasta el último detalle y los proyectos finalistas.

A su vez un laboratorio precisa una cierta base legal, más allá de ser un proyecto, que le proporcione estabilidad y cierta autonomía respecto a los cambios políticos e institucionales. Un laboratorio ciudadano es una iniciativa de largo plazo pensada para tener un efecto transformador en la sociedad y en la propia institución.

Podemos identificar una serie de elementos relevantes para lograr ese equilibrio, necesariamente precario en sus fases iniciales, entre autonomía, estabilidad y flexibilidad:

- Siendo posibilistas el arranque, si se quiere rápido, puede realizarse como un proyecto gestionado dentro de algún departamento del gobierno, pero este estatus debe evolucionar de forma rápida.
- La fórmula legal más adecuada sería aquella que no fuese complementamente dependiente de la institución y menos aún de decisiones políticas dentro de la institución. Una fundación puede cumplir estos objetivos si se diseña con una fórmula de gobierno que garantice la participación activa de los diferentes agentes sociales y a la vez promueva el consenso y el acuerdo en la toma de decisiones.
- Implicación de agentes ciudadanos diversos en la gobernanza, al modo de los patronatos de las fundaciones o los consejos sociales universitarios, por ejemplo.

- Desarrollo de mecanismos de escucha efectivos desde los que el laboratorio pueda relacionarse con sus usuarios y que estos puedan influir de modo efectivo en la toma de decisiones.
- Un equipo dedicado al proyecto con autonomía para la gestión y toma de decisiones que tenga un compromiso fuerte con el proyecto. Experiencias previas demuestran que el equipo, su compromiso y capacidad son las claves para que un laboratorio ciudadano se desarrolle, incluso cuando las condiciones exteriores no son las óptimas.

5. Financiación: autonomía y sostenibilidad

El desarrollo de un laboratorio ciudadano no tiene por qué precisar de grandes presupuestos si lo comparamos con otros proyectos en apariencia similares (como, por ejemplo, centros culturales). Sin embargo, evidentemente requiere una financiación suficiente dedicada a gestionar las infraestructuras, mantener un equipo dedicado y costear los programas que se desplieguen. El mecanismo de financiación debería además asegurar una sostenibilidad mínima temporal del proyecto.

La financiación debe estar en coherencia con la propuesta legal y de gestión que se argumentaba anteriormente, aunque este objetivo debe lograrse progresivamente. De hecho, el plan propuesto para el arranque y prototipado podría hacerse con unos recursos más limitados, aunque es conveniente definir un modelo óptimo de fuentes de financiación que sirva como referencia para el desarrollo del proyecto.

La autonomía del proyecto se verá consolidada si participan diferentes agentes financiadores de modo que ninguno de ellos sea esencial. En este sentido se propone un modelo de financiación tripartita donde se generen recursos de tres fuentes complementarias:

- pública: a través de los recursos de un gobierno en el caso de que de él parta la iniciativa, pero sin que esto limite la posibilidad de obtención de recursos de otras instituciones públicas bien como apoyo general al proyecto bien para el desarrollo de proyectos específicos.
- de entidades privadas con o sin ánimo de lucro como empresas y especialmente fundaciones nacionales e internacionales que tienen entre sus objetivos fortalecer procesos democráticos, la participación ciudadana y la innovación en convocatorias de proyectos de innovación y por participación en proyectos nacionales e internacionales (Unión Europea, convocatorias de fundaciones

nacionales e internacionales ...)

Como alternativa al modelo tripartito podría existir un modelo de financiación basado en una o unas pocas fuentes, pero por un periodo largo y solo condicionado a un programa acordado al inicio.

En ambos casos puede ser útil explorar organizaciones que apuestan por la “filantropía” y que por tanto invierten en proyectos sociales con criterios de capacidad de impacto y escalado del propio proyecto. No se invierte en una acción específica y finalista sino en un proyecto de institución incipiente con capacidad de crecimiento. Este modelo utiliza los mecanismos de inversión en *startups* empresariales aplicado a proyectos sociales. Un laboratorio ciudadano tiene todas las características que lo hacen candidato a ser de interés para este tipo de financiaciones.

6. Infraestructuras esenciales. Espacios

Un laboratorio es un dispositivo que requiere fundamentalmente de un equipo humano y herramientas digitales. Evidentemente buena parte de sus procesos suceden en un entorno físico y según los ámbitos temáticos que afronte podrían ser útiles ciertos tipos de hardware (por ejemplo, fabricación digital). Sin embargo, estas necesidades de espacio pueden ser cubiertas con infraestructuras ya existentes que se utilicen de forma puntual o que sean adaptadas con un coste mínimo. Por otra parte, las líneas de acción iniciales de un laboratorio no precisan de grandes infraestructuras tecnológicas más que las habituales hoy en día (acceso a Internet e infraestructuras digitales básicas).

Sin embargo, contar con un espacio físico tiene dos ventajas:

- Una base de operaciones que favorece el trabajo del equipo responsable y genera rutinas cotidianas de trabajo y relacionales que favorecerán la vinculación de las comunidades ya existentes o las que se estén gestando con el propio laboratorio.
- Un valor simbólico al materializar el laboratorio y visibilizarlo ante una parte de la ciudadanía y los agentes sociales

En este sentido, se recomienda que el laboratorio cuente con un espacio dedicado, pero ese espacio ni debe condicionar el proyecto (por su coste, por sus necesidades de intervención

arquitectónica...) ni debería canibalizar el propio proyecto. El laboratorio no es un espacio ni un “centro” y puede y debe desplegar su actividad en múltiples ubicaciones (sin olvidar el ámbito digital como componente esencial de toda su actividad).

De hecho, cualquier laboratorio ciudadano debería poder desplegar una estrategia de conexión con las múltiples iniciativas y espacios pre-existentes en la ciudad y desarrollar proyectos en alianza con ellos que se podrían ubicar en sus propios entornos (por ejemplo, bibliotecas, centros culturales y fundaciones, espacios universitarios ...).

CONCLUSIÓN

En conclusión, la aparición del modelo de laboratorios ciudadanos nace en un momento determinado en el que confluyen una serie de cambios sociales estructurales que nos hacen replantear la relación entre las instituciones públicas heredadas y una ciudadanía emergente que pide más y mejores espacios de participación activa. Estos espacios se convierten en una oportunidad para generar propuestas innovadoras desde en un sentido de abajo arriba (*bottom-up*) en el que los ciudadanos toman un mayor protagonismo en la decisión y producción de las propuestas que exploren o den respuesta a las problemáticas comunes que les conciernen.

Así pues, el modelo de laboratorio ciudadano expuesto y sus distintos formatos se convierten en una forma de protocolizar los cuidados necesarios para activar la inteligencia colectiva y el conocimiento que hay en los cuerpos de quienes padecen estas problemáticas alrededor de proyectos colaborativos. Este espacio permite convocar y elaborar propuestas abiertas que incluyen otras experiencias, conocimientos y sensibilidades que habitualmente se desestiman por ser minoritarias, subjetivas o marginales.

El principal objetivo de estos espacios experimentales es el de generar comunidades de aprendizaje y fortalecer la sociedad civil a través de un ejercicio radical de participación ciudadana. Por supuesto que la producción y experimentación de propuestas y prototipos que puedan contribuir a comprender mejor los problemas que afrontamos es una parte fundamental de este propósito de cambio social.

Por último, cabe destacar que la naturaleza de la propuesta aquí presentada en absoluto pretende ser exhaustiva ni excluyente, sino más bien es el reflejo del estudio y la experiencia observada y adquirida a lo largo de los años en el ámbito de la innovación ciudadana

iberoamericana y propone abrir una conversación crítica sobre el futuro de las estructuras creadas para la gobernanza de nuestras sociedades y de la relación que pueden mantener con la ciudadanía en adelante.

REFERENCIAS

-A. Lafuente. (2013), Lynda E. Avendaño (ed.), *Silencio y política. Aproximaciones desde el arte, la filosofía, el psicoanálisis y el procomún*, Madrid: UAM, 2013, pp. 43-48

-Ostrom, E. (1990) *Governing the Commons: the evolution of institutions for collective action*. Cambridge: Cambridge University Press.

-Rabeharisoa, V., & Callon, M. (2002). La participación de las asociaciones de pacientes en la investigación. *Revista Internacional de Ciencias Sociales [Internet]*, 171.

-Stirling, A. (2008). “Opening up” and “closing down” power, participation, and pluralism in the social appraisal of technology. *Science, Technology & Human Values*, 33(2), 262-294.